

EUSKALERRIAREN ALDE

Año II

REVISTA DE CULTURA VASCA

Núm. 29

D. JUAN ITURRALDE Y SUIT

(CONTINUACIÓN) ⁽¹⁾

Iturralde no se propuso nunca escribir una historia general de Navarra; pero trató de ilustrar y redondear la ya conocida con trabajos más ó menos extensos, á modo de monografías de rico y nuevo contenido. Algunos están acabados, en disposición de ir á la imprenta desde luego; otros quedaron pendientes de continuación, pero los materiales acopiados y el plan acompañante permiten formarse cabal concepto del conjunto, y aun incompletos son fuente de acrisolada erudición, de que sería lástima no participase el público; otros no pasaron de bocetos y fragmentos, siempre determinados por el esquema de la obra total y cimentados en el hallazgo de noticias interesantes y nuevas. Todos estos trabajos forman un inmenso programa de cuestiones interesantísimas de la historia navarra. La orden del día impuesta á sus investigadores venideros.

No pertenecía Iturralde al linaje utilísimo, pero modesto, de los eruditos pacientes y agudos, dedicados al detalle nimio, al pormenor escueto; editores de textos secamente comen-

(1) Este trabajo comenzó á publicarse en la página 161 del tomo I de EUSKALERRIAREN ALDE.

tados por desamor á las ideas generales ó incapacidad de concebirlas; benemeritísimos artífices que atestan el solar de pulidos materiales y no levantarían el edificio nunca. Iturralde buscaba asiduamente el dato positivo, inédito, oculto en los pergaminos ó borroso en las piedras, pero con *ánimo de historiador*.

Poseía unas cuantas ideas capitales, maestras, directrices, las precisas para descubrir y entender el proceso histórico de un pueblo medioeval, y por ese amplísimo encasillado distribuía luego los hallazgos. Sabía cuántas y cuáles eran las fuerzas vitales de la Edad media y seguía sus pulsaciones por Navarra, contándolas y midiéndolas, anotando su predominio y decaimiento, la presencia de unas y la ausencia de otras. Por esta razón resolvía fácilmente intrincados problemas, ó ponía á otras personas en camino de resolverlos si por ventura él no dilucidaba el punto adrede, ilustrándoles con las indicaciones precisas.

Citaré un caso personal. Hace muchos años, cuando tracé el plan de *El genio de Navarra*, consulté á Iturralde sobre el curso y desarrollo de la civilización en nuestro antiquísimo Reino, por ver si las ideas reflexivas de él se compaginaban con mis incipientes presentimientos. Contestóme á vuelta pluma en una carta cuyos son los párrafos al caso ahora trascritos: «Creo también que el país que influyó más principalmente en Navarra fué Francia, por razones históricas que sabes mejor que nadie: esa influencia se refleja como en un espejo en los monumentos navarros. Tú sabes que el Arte es un lenguaje universal, pero que en cada región se interpreta (casi podría decirse se pronuncia) de distinto modo. Pues bien, aquí lo *pronunciábamos* á la francesa. Pero si la influencia francesa se ejerció en la política y en el arte, creo observar que también se notó la de Aragón en las costumbres, por más que estábamos con él á la greña. Y á fe que no es extraño, pues la *Coronilla* tenía una historia gloriosa; abundaban en ese Estado los grandes y heroicos caracteres y en su Corte se notaba especial cultura. Segundo entiendo, el *provenzal* fué conocido en Navarra por la vecindad con Ara-

gón, donde entonces se hablaba más ó menos puro. No debió venir cruzando el Pirineo, sino remontando el Ebro. Por eso se habló más en Tudela que en Pamplona. Y basta ya de charla, porque mis ojos se cansan.»

He aquí una *charla* preciosa, con más gérmenes de ideas importantes en suspensión que varios libritos; y por de contado, *charla* que pocos nabarros estaban y están en disposición de *charlar*, pues para el vulgo Nabarra no es más que una mera prolongación de España. Esta *charla*, con el aditamento de interesantes casos y cosas liberalmente comunicados, constituye la substancia de la importante introducción puesta por D. Pedro de Madrazo á su obra «Nabarra y Logroño» (1), y asimismo, el hilo conductor de las ideas vertidas por mí en el *Centro Vasco* de Bilbao el 21 de Abril de 1908.

Iturralde fué nombrado Académico correspondiente de San Fernando en 29 de Enero de 1866 y de la Historia en 22 de Febrero de 1884 y formó parte de la Comisión de Monumentos de Navarra desde el 6 de Abril de 1866. Artista, historiador y patriota, difícil hubiera sido hallar otro centro, idear otro ambiente donde mejor pudieran florecer el talento, las aficiones y el entusiasmo de Iturralde. Durante varios años la Comisión ha sido *cosa suya* predilecta, desde la cual tendía la vista amorosa y la mano protectora sobre los monumentos artísticos é históricos, testigos, á menudo ruinosos, de glorias, instituciones y sucesos famosísimos, en camino de quedar sepultados por el olvido en que incurre la moderna Nabarra, hija ingrata de la antigua. Frente á las ruinas admirables del Castillo de Olite, exclamaba: «Sus truncadas torres, sus cuarteados muros, sus mutiladas ojivas, parecen representar las vicisitudes por que ha pasado este noble país; y aquel castillo, obra predilecta de un gran monar-

(1) «España.—Sus monumentos y artes.—Su naturaleza é historia.—Navarra y Logroño», por D. Pedro de Madrazo, 3 tomos, Barcelona: Daniel Cortezo y Compañía.

ca (1), aquellas bóvedas bajo las cuales se han celebrado tantos triunfos, que han presenciado acontecimientos tan notables, que han resonado con los gritos de guerra ó las trovas amorosas de los menestrales, parecen hoy la tumba de un Reino. A la algazara y animación ha sucedido un sepulcral silencio, tan sólo interrumpido por el grito lastimero de las aves nocturnas que anidan entre las decrepitas almenas, ó por el estruendo de alguna piedra que se derrumba y parece llevarse un recuerdo de nuestra historia (2)!» Estas líneas revelarían por sí solas, si ya no nos fuese conocido, el espíritu de Iturrealde en la Comisión. En todas partes el arte le cautivaba, pero aquí en Navarra le prendía al corazón los ardores del hijo que defiende el tesoro de su madre. Trabajó sin cansancio, á presión alta y continua. Y lo que aun más vale, con tal celo comunicativo, que si algunas pocas personas hay aquí enamoradas con desinterés de «*vejeces y antigüallas*», hechuras de él somos. La ausencia menos que ninguna otra circunstancia era capaz de entibiarle el celo. Cuando por los periódicos se enteró de aquel delito de lesa patria, no recuerdo ahora si intentado ó frustrado, consistente en la venta, dentro de cierta medida sacrílega, del rico báculo episcopal de esmalte lemosino, conservado en San Pedro de la Rúa (Estella), Iturrealde protestó telegráficamente ante el señor Obispo de la diócesis, quien se apresuró á tranquilizarle. La codicia que, con aire y trazas de buhonero, se ha metido por las puertas de algunas sacristías, y tan necia como antipatrióticamente se desprende de tesoros artísticos, equiparándose, gracias á ello, los enajenadores á gente de taparrabos, trocadores de piedras preciosas y mar-

(1) Recientemente el Ayuntamiento de Pamplona ha preferido el nombre de un bueno pero no insigne alcalde republicano al de Carlos III, el más eficaz bienhechor de la ciudad, para una plaza de la misma. La prensa, salvo alguna excepción, se ha mantenido impávida ante este *trallazo* de la incultura democrática y socialista. ¡Da grima!—(Nota de A. C.).

(2) «Memoria sobre las ruinas del Palacio Real de Olite», por D. Juan Iturrealde y Suit, individuo correspondiente de la Academia de San Fernando, etc., pág. 7.—Pamplona, 1870.

files por cuentas de vidrio é insubstanciales baratijas, le afli-gía é indignaba profundamente, y no cesaba de clamar, como clamamos muchos, contra tan repugnante y bochornoso co-mercio. Al tomar la actitud referida, ajustábase al precedente que á sí propio se dió oponiéndose á la incautación revolu-cionaria de Ruiz Zorrilla. Cabalmente á las comisiones de monumentos dió encargo el ministro septembrino de apode-rarse de las bibliotecas catedrales y capitulares. Designado don Juan para la incautación de la biblioteca de Roncesva-lles, «me negué en redondo, como era mi deber de católico, de navarro y de hombre honrado (1).»

El vandalismo, cualquiera que fuese su causa, producíale amargura; tomaba nota de él para juzgar á un pueblo, de cuyo estado psicológico le estimaba síntoma capitalísimo.— «Cuando visitéis un país, examinad sus viejos monumentos y en ellos leeréis claramente lo que fué y lo que es.

»A través de los inevitables estragos del tiempo descubri-reís en esos restos la grandeza, las creencias y la cultura de las generaciones pasadas.

»En el modo de conservarlas comprenderéis lo que vale, lo que piensa y lo que siente la generación actual.

»El abandono de esas ruinas venerandas de iglesias, mo-nasterios y castillos que representan la religión, la ciencia y la patria, significa que los que con tan fría indiferencia los contemplan y tan vergonzosamente los olvidan no tienen fe en el alma ni cultura en la inteligencia ni patriotismo en el corazón.

»Son ruinas vivientes, mil veces más desconsoladoras que las de piedra.» (2)

El amor íntimo á lo pasado traía consigo, cual corolario ineludible, el respeto á la voluntad de quienes vivieron en épocas pretéritas. Hubo proyectos de trasladar á Pamplona los restos mortales de Reyes de Navarra, esparcidos en dife-rentes monasterios ruinosos, convirtiendo á nuestra catedral

(1) Nota manuscrita del Sr. Iturralde.

(2) Del «Libro de mis hijos» (colección de pensamientos). Inédito.

en panteón regio. Algunas personas suponían que tal panteón existe en ella, pero las excavaciones practicadas con diferentes motivos desbaratan esta hipótesis. Es la catedral toda la que posee el carácter de panteón; así lo entendía también el P. Moret, según texto suyo que tengo acotado. Iturrealde se opuso á la traslación con toda la fuerza de razones graves. Ponía de bulto el agravio que se causaría á la explícita voluntad de los monarcas y el desdoro que esos monasterios experimentarían en su importancia. La medida, además, le era antipática por *centralista*. Cuantas innovaciones iban contra la historia y las tradiciones, animosamente las rechazaba. En cambio votó con entusiasmo el proyecto presentado á la Comisión de Monumentos por el marqués de Echandía, de trasladar á Pamplona los despojos de D.^a Catalina y don Juan, últimos reyes legítimos de Navarra, sepultados en la catedral de Lescar. Ahora no se contrariaba la voluntad de los desdichados monarcas, muertos en el destierro, bajo testamento que disponía su sepelio en la de Pamplona. Inútilmente se practicaron gestiones para encontrar los preciosos restos. La catedral lescariense había sido invadida el año 1793 por las hienas jacobinas, y las cenizas reales aventadas. Yo le oí trazar en nuestras conversaciones un proyecto de traslación sumamente impresionante. Deseaba herir la imaginación del pueblo navarro que mariposea por campos extraños, muy lejos de los paternos. ¡Lástima! A veces de los sepulcros resurgen ideas inmortales.

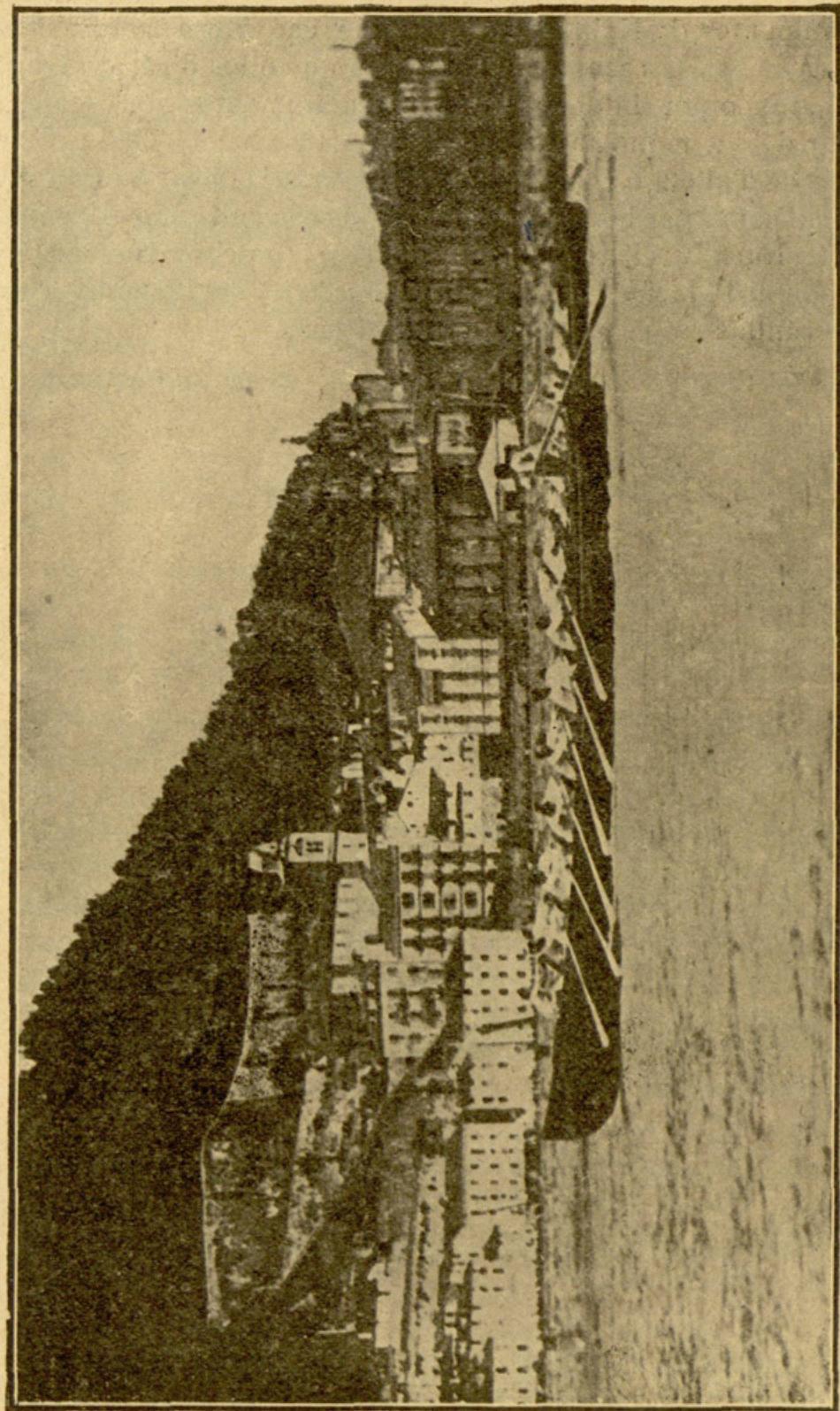
El 6 de Abril de 1886 concurrió Iturrealde por primera vez á la Comisión de Monumentos, y fué nombrado secretario. Ya estaba en el centro de las operaciones que le eran más gratas, á las que se dedicó con incansable celo, como secretario, como vocal y como vicepresidente, mientras residió en Pamplona. Sus conocimientos históricos, artísticos y arqueológicos, su triple habilidad de escritor, pintor y dibujante le *predesignaban* á ocupar puesto en todas las subcomisiones que iba nombrando la Comisión para el estudio de sus asuntos y ejecución de sus acuerdos. Puntualizar cada uno de sus trabajos, equivaldría á escribir la historia de la comisión de

Monumentos de Nabarra, asunto que cae fuera de este estudio. A guisa de resumen ó compendio de ellos diré, que miró con ahínco por la declaración de monumentos nacionales á favor de los monasterios de Leire, Hirache, la Oliva, Colegiata de Tudela é Iglesia de Santa María la Real de Sangüesa, así como por la aminoración de los estragos que el tiempo, la incultura y el amortiguamiento del patriotismo nabarro causan al Palacio de Olite, al Monasterio de Iranzu y otras venerandas ruinas de este antiguo Reino.

ARTURO CAMPIÓN.

(Continuará).





LOS HÉROES DEL MAR

EUSKALERRIA PINTORESCA

Los héroes del mar

¡Avante, héroes del mar! ¿Qué os importan las olas hirvientes ni el huracán furioso? Ante la fuerza hercúlea de vuestros brazos, se humilló muchas veces el agua inquieta y bramó vendido el vendaval.

Sois los sucesores de quienes jamás vacilaron en atravesar aguas vírgenes. Corre por vuestras venas la sangre de quienes pusieron sus pies en tierras nuevas. Sois de la raza valiente de aquellos que por vez primera envolvieron al mundo en la estela trazada por un barquichuelo.

Si los peces de escamas brillantes ponen una mancha de plata sobre las aguas azuladas, allá vosotros sin miedo á la distancia. ¡Qué importa la distancia á vuestros brazos! Si un compañero lucha frente á frente contra la tempestad indomable, allá vosotros á reñir con las olas, con las nieblas, con el huracán, envueltos entre la espuma que salpica los rostros, y las gaviotas que chillan ante la esperanza de vuestros despojos. Si alguien lanza la voz de desafío, allá vosotros á hundir y alzar los remos para que vuestra lancha se deslice tan veloz que deje atrás á los pájaros marinos.

Siempre sobre el mar, siempre sobre la cerviz del enemigo irreconciliable que se agita sin descanso, siempre con la amenaza ante los ojos, siempre sintiendo á vuestros pies los golpes del sepulcro que se abre.

Pero á vosotros, hombres bravos de raza hercúlea, ¿qué os importan las amenazas del mar, ni la visión del sepulcro, ni la música fúnebre de los ventarrones? ¿No teneis la esperanza puesta en la cruz que se alza por encima de las montañas? Pues adelante. ¡Avante, héroes del mar! ¿Qué os importan las olas hirvientes ni el huracán furioso?

G. DE MUJICA.

PINTORES VASCOS

José Ignacio Echenagusia (Echena)

Entre los artistas vascos que más han honrado á su país en estos últimos tiempos, brilla á par de los primeros y más notables el pintor ondarribiense don José Ignacio de Echenagusia, que al darse á conocer en el mundo del arte, abrevió su apellido, y lo redujo á Echena. Y por Echena le distinguían en Roma, y con la firma de Echena triunfaron sus cuadros en memorables Exposiciones y se impusieron á la consideración y al aplauso de los críticos.

El insigne pintor guipuzcoano con quien nos unía desde hace un cuarto de siglo muy cariñosa amistad, era hijo de la activa y vetusta Ciudad de Fuenterrabía, en donde vió la luz de la vida el día 1.^o de Febrero de 1844. ¿Fué la romántica melancolía de las ruinas gloriosas de aquella Ciudad la que predispuso el alma de Echena para la percepción de la belleza artística? ¿Fué, por el contrario, la riente y serena hermosura del paisaje que se extiende en torno de la misma, y que por lo luminoso y dilatado del ambiente contrasta con las tonalidades opacas y la estrechez de los horizontes que predominan de ordinario en el paisaje vasco? Nosotros nos contentamos con apuntar la interrogación, dejando á otros más perspicuos y sagaces que la contesten. Lo único que podemos afirmar de propia ciencia, es que Echena, en la plenitud de su fama, y cuando su nombre era pronunciado con respeto entre los pintores que moraban en la Ciudad Eterna, todavía se acordaba con cierta íntima predilección de alguna vetusta casa de la calle de Pampinot que aún se mantiene en pie en su Ciudad nativa, y traía á su memoria, y reproducía con su imaginación y hasta con sus lápices los labrados y salientes aleros que con profusión de

detalles modelados en la madera, ostenta aquella casa. Discernir minuciosa y atinadamente las fuentes de la inspiración artística del pintor ondarribiense, es para nosotros empresa arriesgada y temeraria que no queremos acometer. El misterio nos infunde profundo respeto, y en lo bello hay cierta generación misteriosa, como dijo el divino Platón, que algo sabía de estas cosas que con la Hermosura ideal se relacionan.

Por más que desde niño mostró José Ignacio de Echenagusia inclinación decidida y marcada aptitud para las artes del dibujo, las exigencias de la vida le obligaron á dedicarse á menesteres y oficios asaz más prosáicos que la labor á que él hubiera querido desde un principio consagrarse, por ser aquella que cautivaba su afición y se llevaba su deseo. Estudió en el Seminario de Vergara, á donde le enviaron sus amantes padres don José María de Echenagusia y doña María Dominica Errazquin, con ánimo de que adquiriese una cierta instrucción y cultura general que le capacitase para ganar honrada y decorosamente su subsistencia.

El tiempo que permaneció el joven Echenagusia en aquel acreditado centro de enseñanza no fué perdido ni aun para el desenvolvimiento de la vocación que le llamaba al cultivo del arte pictórico, no solo porque allí adquirió nociones de dibujo que no podían menos de serle útiles cuando de lleno se entregara al manejo de los pinceles y á representar con ellos en lienzos animados lo que más vivamente hería su imaginación é iluminaba su fantasía, sino también porque de entonces databa quizás aquel noble anhelo de saber que no le abandonó nunca, y de que dió muestra en la composición de sus más famosos y aplaudidos cuadros. Jamás creyó que el artista fuese solamente un inspirado, á quien los conocimientos y la cultura estorban, ni deploró lo que sabía, sino lo que ignoraba. Claro está que el saber por sí sólo nunca engendrará una obra artística en que rebose ese *quid divinum* que denominamos *vida*; pero aquel que haya recibido del Cielo el privilegio maravilloso de la inspiración, y sienta arder dentro de sí la llama comunicativa y generosa que trasmite á las creaciones que brotan de su mente y á las figuras que traza su mano, bien hará en no dejar sin cultivo, abandonadas á sus propios impulsos, esas dotes con que le favoreció la Naturaleza. Eso es lo que hizo el pintor

ondarriense aun en medio de circunstancias que parecían conjuradas para contrarrestar sus más íntimas aspiraciones, y por eso su vida es un ejemplo de cómo la vocación arraigada para el arte, triunfa á despecho de todos los obstáculos, cuando no es vana ilusión de la fantasía, ni capricho fugaz de la moda, sino anhelo intenso del alma, sed abrasadora que sólo se apaga en las fuentes de la emoción estética, y no tanto con la contemplación de las obras ajenas, por admirables que sean, cuanto con la producción de las propias. Hay espíritus á quienes aqueja la necesidad de crear la belleza. La fiebre estética que tales espíritus padecen, sólo se calma dando vida, en forma de obras de arte, á aquellas imágenes y conceptos que su mente entrevió, envueltos en la vaguedad de las cosas semi-soñadas, y como ansiosos de tomar cuerpo y adquirir individualidad.

Gran vida fué la de Echena, si el dicho de Alfredo de Vigni es cierto, ó sea, si la gran vida consiste en un ensueño de la juventud, realizado en la edad madura. Echena soñaba desde el Seminario de Vergara en ser pintor, pero hubo de aplazar el cumplimiento de sus afanes, y contentarse con cultivar el arte como mero aficionado en los ratos que le dejaban libres sus ocupaciones. Eran éstas las que correspondían á un oficinista, no ciertamente muy á propósito para estimular entusiasmos artísticos en nadie. En él, sin embargo, nunca se apagó la generosa llama. Estaba empleado en las oficinas de la Compañía del ferrocarril del Norte en Bilbao, y ya se lanzaba á copiar del natural la figura humana, queriendo así comunicar soltura á su pincel y adiestrar su mano. Años ha, vivía todavía el primer modelo de que para tal efecto se valió el pintor ondarriense. El propio interesado nos lo enseñó, y el modelo corroboró la afirmación del artista con un mal disimulado sentimiento de satisfacción, muy explicable en su caso.

Una modesta herencia permitió al fin á Echenagusia renunciar al puesto que ocupaba en las oficinas de la Compañía del ferrocarril del Norte, y consagrarse por entero al arte que venía siendo su pasión. Marchó para ello á la Ciudad Eterna, y allí, en aquel Museo inmortal en donde han acumulado los siglos tantas maravillas de todo género, arquitectónicas, escultóricas y pictóricas, apacentó sus ojos y dió pasto á su espíritu con la contemplación

de las obras maestras en que el Genio de las artes acertó á expresar lo Bello. Y si nuestros informes no són inexactos, disciplinó y dómeñó de tal modo los vuelos de su fantasía, que para encauzarlos más sabiamente, empezó á estudiar, desde los primeros rudimentos, el arte á que se dedicaba, sin desdeñarse de emprender nuevamente el dibujo, como si nunca lo hubiese aprendido, y como si no tuviera ya más de treinta años, edad en que, por lo común, se han apagado los fuegos de la juventud. Habrá quien juzgue torpe y censurable esta conducta, suponiendo que tiende á borrar el carácter y á desfigurar la personalidad de un artista; pero nosotros creemos por el contrario, con todo el respeto debido á quien opine de otra manera, que es menester poner freno á la imaginación cuando ésta corre en pos de lo extravagante sin sujeción á ley ni norma ninguna. Sea cual fuere la escuela á que se adhiera un artista, ó las tendencias á que se sienta inclinado, hay ciertos cánones eternos dictados á la humanidad por el gusto de las cosas bellas que impunemente no se violan jamás. Podrá el desprecio, y aún la deliberada infracción de esos cánones, ser en determinados momentos objeto de las alabanzas de la moda pasajera; pero bien pronto el buen gusto recobra sus furos, y lo que por un favor circunstancial, ó por los aplausos interesados de un grupo de artistas y de críticos fué enaltecido y afamado, cae en el desdeñoso olvido en que siempre debió yacer. El frío academismo ahogará toda inspiración, y alejará *la vida* de las obras de arte, convirtiéndolas en algo amanerado y artificioso en que se transparenta el esfuerzo y se percibe la ausencia de lo natural; pero una cosa es el academismo enteco, imitación de imitaciones, y otra cosa muy distinta aquella salúdable corrección, aquel respeto de las leyes de la naturaleza y de las leyes del gusto que resplandece en todas las creaciones artísticas dignas de inmortalidad, desafiadoras, impávidas del andar de las edades y de los cambios y transformaciones que se van sucediendo en las preferencias del público.

Fructuosa fué en alto grado la callada labor á que para el cultivo y desenvolvimiento de sus facultades artísticas se consagró en Roma nuestro paisano y amigo. Lo reveló su triunfante aparición en la Exposición de Bellas Artes de Madrid con un cuadro de grandes dimensiones que fué muy celebrado y discutido, y consi-

derado como una de las joyas de aquella Exposición en que no escasearon, por cierto, los cuadros notables, entre otros *Los Amantes de Teruel*, de Muñoz Degrain, y *La Conversión de San Francisco de Borja*; de Moreno Carbonero. El de Echena representaba *El Calvario á la llegada de Jesucristo*, y dió materia á artículos, no sólo de la prensa profesional, sino también de la prensa diaria en Roma y en Madrid. En los periódicos ingleses aparecieron asimismo juicios relativos á la obra de nuestro paisano, en cuyo elogio baste decir que se le comparó nada menos que con uno de los lienzos que más contribuyeron al renombre extraordinario del pintor húngaro Munckazy: con el conocidísimo de *Cristo ante Pilatos*. La tacha que principalmente pusieron los críticos á la obra del pintor ondarribiense, fué que no había sabido concentrar en torno de la figura divina del Redentor toda la grandeza supraterrena y sublime que le correspondía, y que por ello la atención del espectador que contemplaba el cuadro se dispersaba entre los distintos grupos que en él se movían. No faltó con todo observador que haciéndose cargo de este defecto indicado por algunos críticos, preguntase si la tacha no estaría en los críticos mismos quizá más que en el cuadro, y no nacería de que lo contemplaban con ojos sobradamente profanos, y no con aquella fe, aquella piedad y aquella unción que son necesarias para saborear lo divino.

Animado por el éxito alcanzado con esta obra, cuyas condiciones técnicas ponderaron los inteligentes, Echena pintó poco después otro lienzo, también de gran tamaño, que exhibió en Barcelona, y en que reprodujo uno de los pasajes evangélicos más conmovedores: el de *La mujer adúltera*, cuya consideración despierta en toda alma cuanto hay en ella de bondad redentora, y sofoca y mata todo instinto de ira y de venganza, según dijo de perlas en un artículo, admirable como suyo, el dulcísimo y malogrado Juan Maragall, gran poeta siempre, así cuando escribía en verso, como cuando escribía en prosa. En Escocia, á donde por entonces, y con ocasión de la venta del cuadro de *El Calvario á la llegada de Jesucristo*, marchó el pintor ondarribiense, gustó mucho la interpretación que supo dar al de la mujer adúltera; y si no se lo adquirieron en muy favorables condiciones para el artista, fué por-

que se oponía á ello la rígida, la inexorable austeridad puritana, que no consentía la vulgarización de ciertos asuntos, así estuviesen tratados con el más delicado pincel, y empapados en la inmensa y purificadora poesía de los Libros Santos.

La fama de Echena estaba asegurada, y realizado el ensueño de su juventud. Su nombre sonaba ya entre los de los pintores más ilustres, y era pronunciado con viva satisfacción, con intenso orgullo por sus amigos y paisanos. Él tampoco los olvidó, ni olvidó á su tierra. Para la iglesia parroquial de Santa María de la Ciudad gloriosa en que fué bautizado, pintó un lienzo que se admira en la sacristía de la misma, en donde lo contemplan con atenta y respetuosa mirada los numerosos extranjeros que visitan aquel lugar en donde se efectuó, por poder, el casamiento de Luis XIV, el *Rey Sol* de Francia, con la Infanta de España doña María Teresa de Austria. Una de las escenas del Calvario sirvió á Echena para demostrar en aquella tela, no sólo su arte de composición, acreditada en cuadros de mayor empuje, sino la destreza técnica que había adquirido. Ya la mano obedecía dócilmente á los impulsos de su fantasía creadora y el pintor dominaba la paleta con aquella difícil facilidad de que habló el didáctico latino.

Para un certamen que se celebró por aquel tiempo en San Sebastián, el artista ondarribiense, con trazos firmes y seguros, pintó dos acuarelas inspiradas en asuntos vascos, y que merecieron muy honrosa aceptación. En una de ellas se ostentaba gallarda y apuesta la figura de un vigoroso *gizon* en el momento de lanzar el *irrintzi* característico de nuestras montañas. En la otra aparecían unidas, en dulce y simpático idilio, la ancianidad cargada de arrugas y de experiencia y la adolescencia sonrosada como flor que se abre sedienta de emociones: el abuelo venerable y la nieta gentil: *Lekobide* y *Oninza*, personajes tomados de una de las poéticas fantasías de Araquistain, incluidas en su volumen de las *Tradiciones vasco-cántabras*. Echena supo *transportar* felizmente del libro á la acuarela aquel encantador idilio, sin que al interpretarlo pictóricamente perdiese nada del hechizo ni de la blanda poesía que latía en él.

Destruído por un incendio en la noche del 25 de Diciembre de 1885 el Palacio de la Diputación de Guipúzcoa, se pensó al

reedificarlo que el gran ventanal que daba luz á la escalera de honor por donde se subía al salón de actos, recordase en vidrios de colores uno de los episodios de la historia del país. Se señaló para tal objeto la unión voluntaria de Guipúzcoa á Castilla en el año de 1200 y bajo el reinado de Alfonso VIII, y se quiso que el modelo que había de remitirse á la casa Mayer, de Munich, encargada de la ejecución de la vidriera, fuese obra debida á la inspiración de un artista guipuzcoano. Recientes los sonados triunfos de Echena, á él se encomendó esta labor no exenta de dificultades, pero que supo desempeñar con tal acierto que se acreditó una vez más como afortunado intérprete de los sucesos históricos, cuyo aspecto pictórico sabía ver como pocos, y á cuya representación en la tela no se lanzaba nunca sin prepararse mediante un estudio maduro y detenido del asunto que había de vestir de formas y colores. Para que ese estudio y esa preparación fuesen más eficaces, nunca desdeñó, antes por el contrario solicitó con ahínco cuantas luces podían suministrarle las personas que, por la especialidad de su vocación ó por la clase de trabajos intelectuales en que preferentemente se desenvolvía su actividad, estaban en mejores condiciones para conocer detalles que siendo en apariencia menudos y hasta inexpresivos si se quiere á los ojos de un espíritu poco observador y agudo, no dejaban de ser significativos y reveladores, ni de servir para dar á un cuadro carácter de época y sello y ambiente inconfundible. Así procedió el pintor ondarri-biense, lo mismo cuando dió vida en el lienzo al episodio histórico que se representa en la vidriera de la escalera de honor del Palacio provincial de Guipúzcoa, que cuando posteriormente ejecutó otras labores artísticas por encargo de la Diputación de Vizcaya. Como dijimos en alguna ocasión, hablando de una obra suya á que habremos de referirnos más adelante, el respeto con que miraba los hechos pasados, cuando intentaba perpetuarlos en la tela, traía á la mente el consejo que dió á los artistas el genial Ruskin cuando en sus fecundas y ruidosas campañas de agitación estética, les pedía humildad delante de la naturaleza, humildad delante de la historia. Ocación tendremos de señalar un dato que demuestra hasta qué punto era escrupuloso el respeto con que procedía Echena en la interpretación de los sucesos y de los per-

sonajes históricos, sin alterarlos ni desfigurarlos arbitrariamente. El lienzo en que presentó á Alfonso VIII de Castilla prestando juramento de guardar sus fueros y libertades al pueblo guipuzcoano ha sido contemplado con atención por las innumerables gentes de toda Nación y de todo clima que desde 1890 hasta la fecha han visitado en San Sebastián el Palacio provincial. De entre estos visitantes hubo uno de fama universal que se detuvo investigador y doctamente curioso ante la magnífica vidriera en que ese lienzo se reprodujo: el insigne Gladstone, en quien la celebridad del político no pudo nunca obscurecer los méritos del *scholar* y del escritor, diestro en muchas disciplinas y conocedor de las bellezas de las literaturas clásicas y de las obras maestras del ingenio humano. Cuando esta obra de Echena llegó á *Donostia*, se encontraba allí aquel espejo de caballeros y de navarros que se llamó D. Juan Iturrealde y Suit, dotado de tan fina percepción para discernir lo bello moral, lo bello intelectual y lo bello artístico, y no olvidaremos nunca los encomios que efusiva y sinceramente dedicó á la tela del laureado pintor ondarrubiense. De la autoridad y fama de que este gozaba por aquella sazón entre sus compañeros, da fe el hecho de que consultado por la Diputación un delicado artista guipuzcoano, nuestro querido amigo don Alejandrino Irureta, sobre quién podría ejecutar esta labor con mayores garantías de éxito, no vaciló en emitir su parecer favorable á Echena, relegándose él mismo, con inequívoca y encantadora modestia, á lugar secundario.

No es nuestro ánimo hacer un detenido y minucioso catálogo de las obras de nuestro excelente amigo y paisano. Para ello, aparte de condiciones de competencia que estamos muy lejos de poseer, necesitaríamos muchos datos de que carecemos. Tan sólo queremos recordar aquellas de sus obras que enlazan el nombre y el recuerdo de Echena con sucesos memorables de la vida de nuestro país. Entre ellos ¿cómo olvidar el cuadro de la *Coronación* de la Virgen de Begoña, que asegura al pintor una popularidad que ha de trasmitirse de generación en generación, mientras en pechos vizcaínos no se extinga la devoción á la Sagrada Imagen que se eleva sobre Bilbao en las colinas de Artagan? En aquel lienzo, que fué como la perpetuación artística de las

solemnas y conmovedoras fiestas de la Coronación de la Virgen, celebradas en 1900, puso el artista el alma entera. Logró con él ser alabado por los inteligentes, por la verdad, por la naturalidad con que supo reproducir la escena de la Coronación y por la vida intensa que infundió á las personas que en primer término intervinieron en la misma. Muchas de estas personas, según el juicio popular, gráfico y expresivo, están hablando. Pero con ser cada uno de estos retratos tan excelente y estar dotado de tal plenitud de vida, no por eso se sobrepone á los demás, ni destruye la majestuosa unidad del conjunto. Con ser reproducción de sucesos contemporáneos, desde el primer día pareció aquella obra impregnada de la augusta serenidad de la Historia.

Se ve por esta relación que el pintor ondarriense conseguía mantener el nombre bien ganado, y que ni se entumecía su mano ni vacilaban sus pinceles, ni se apagaba su inspiración á pesar de haber doblado con creces la edad de los cincuenta años en que para el hombre parece comenzar la decadencia de sus facultades. Después del cuadro de la Coronación de la Virgen de Begoña, pintó para la Diputación de Vizcaya y para el salón de actos de su Palacio otro lienzo de grandes dimensiones en que reprodujo un pasaje histórico, significativo y transcendental, del siglo XIV: el levantamiento de las Hermandades vizcaínas por el célebre Corregidor Doctor Gonzalo Moro en 1394. El asunto le fué impuesto, y nosotros podemos dar testimonio de cómo se preparó para representarlo con más fidelidad, consultando cuantos libros pudiesen darle alguna luz y escuchando con atención cuantas indicaciones atendibles se le hicieran. En esta parte era tan escrupulosa su docilidad á la verdad histórica, que cuando supo que Gonzalo Moro era hombre todavía mozo en la sazón en que convocó la Junta de Hermandad, borró los primeros esbozos que había trazado de la figura del famoso Corregidor, porque en ellos y fundándose en la importancia del cargo que desempeñaba y en el juicio sereno y maduro que demostró, le había presentado como varón proyect, enriquecido con la experiencia que dan los años. De labios del maestro de los maestros D. Marcelino Menéndez y Pelayo, escuchamos un expresivo elogio de esa tela el año de 1907, cuando el prodigioso autor de la *Historia de los Hete-*

rodo.ros *Españoles* recorrió en nuestra compañía los salones de la Diputación de Vizcaya y se detuvo, visiblemente complacido, ante el lienzo de Echena, en el cual, como dijo *L'Attualità Settimanale* de Roma, vibra intenso y eficaz el más puro patriotismo y el aire libre circula entre los grupos llenos de vida y de esperanza.....

En el mismo Palacio de la Diputación de Vizcaya hay varios techos pintados por el propio artista ondarrubiense, techos en que predomina la manera de Tiépolo y en que se busca el medio de dar al color tonos aéreos y vaporosos, como de luz difusa que se extiende y desparrama. Las figuras son, como corresponde á tal pintura, alegóricas, y no tienen sus pies en la tierra sino que se mecen en el espacio.

Todavía hubo una obra más que la Diputación de Vizcaya encargó á Echena para uno de sus salones: el retrato del benemérito Cronista honorario don Estanislao Jaime de Labayru, retrato póstumo en que el artista hubo de luchar con las dificultades de tener que manejar los pinceles sin tener ante los ojos el modelo vivo, que es la guía más firme y segura de la mano. Con todo y eso, logró dar á la fisonomía del esclarecido sacerdote vizcaíno un carácter de verdad y de vida.

En esa rápida sucesión de estilos y procedimientos que va introduciendo grandes modificaciones en la técnica de la pintura, desecharlo hoy lo que ayer se tuvo por excelente y aún por perfecto, Echena no había simpatizado con la tendencia impresionista, ni se había dejado arrastrar por el afán de novedades. Él mismo declaraba sin ambajes que el modernismo no le satisfacía. Quizá por esto mismo las nuevas generaciones artísticas no ensalzaban al pintor ondarrubiense: se contentaban con no citarle, como si no tuvieran noticias de su existencia. Pero sin que esto sea censurar á nadie, hay que tener en cuenta que toda generación artística y literaria es irremediablemente injusta con aquella que le preparó los caminos. La justicia para unas y otras viene más tarde, cuando se extinguen los rumores de la batalla, y sólo queda un recuerdo debilitado del choque de unas tendencias con otras. Echena no gustaba de lo violento ni de lo insólito, ni se dejaba seducir por el anhelo de ser original á todo trance. Quizá creyese que el me-

dio más seguro de alcanzar legítima y verdadera originalidad, era no romper con todos sus predecesores, sino marchar por la senda por donde ellos marcharon, en la seguridad de que quien llevase dentro de sí algo que le distinguiera de los demás, lograría marcar ese sello de distinción en su obra.

Con la suya ganó fama y nombre en España y en Italia, en Inglaterra y en los Estados Unidos. Ya sexagenario, continuaba trabajando en Roma, en su estudio de la Vía Margutta, con el noble entusiasmo de siempre. Y trabajando le ha sorprendido la muerte en uno de los días últimos de Enero del corriente año. Un ataque cardiaco le arrebató la vida, y solamente soltó los pinceles cuando fué necesario descender á la tumba y traspasar las fronteras de la eternidad.

A raiz de su muerte ha indicado un diario donostiarra la idea de constituir un museo con las obras de Echena que puedan recogerse en el país vasco. La idea nos parece plausible, y creamos que corresponde su realización á la Ciudad de Fuenterrabía, no sólo porque en ella abrió sus ojos á la luz de la existencia el artista cuya memoria se trata de enaltecer, sino porque uno de los lienzos predilectos de éste, con ser de reducidas dimensiones, era aquel en que reprodujo el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, que tiene para los ondarribiarras el privilegio de despertar una devoción á la par religiosa y patriótica, ya que el culto á la Imagen de la Madre de Dios que se venera en las faldas de Jaizkibel va unido al recuerdo del memorable sitio de 1638, y á la feliz liberación de la Ciudad al caer de la tarde del 7 de Septiembre.

CARMELO DE ECHEGARAY. (1)

Guernica, Marzo de 1912.

(1) Después de impresa la primera parte de este trabajo notamos que, por descuido, hemos afirmado que Echena estuvo empleado en la Compañía del ferrocarril del Norte. No fué en esta Compañía sino en la de Tudela á Bilbao, que aún no había sido adquirida por la Compañía del Norte, donde prestó sus servicios el pintor ondarribiarraga.



NOTAS ETIMOLÓGICAS

Los nombres de los pueblos guipuzcoanos

ADUNA

Hemos visto por primera vez este nombre en documentos del año 1386.

En todos los diccionarios de la lengua vasca, vemos que *Adun-a* significa *el trigo nuevo*.

¿Y qué relación puede existir entre *trigo nuevo* y el pueblo de Aduna?

Tenemos en el país, en Irún por ejemplo, campos que se llaman *Lan-berri* = *trabajo nuevo*, *Lur-berri* = *tierra nueva*, y en muchos sitios, *Sagasti-berri* = *manzanal nuevo*, *Sala-berri*, que según S. Arana, quiere decir *pasto nuevo*, etcétera, y de igual modo, á un monte recién roturado, donde se hubiere sembrado el trigo por primera vez, han podido llamarle *gari-berri* ó *Aduna*, y quedarle esta denominación con carácter permanente.

Cuando en Guipúzcoa se rotura un montazgo, lo primero que se siembra es el trigo, porque es lo que mejor se produce en tierras nuevas.

A lo que no acertamos es á descomponer la palabra *Aduna*, de modo que sus componentes expresen *trigo nuevo*, pues en ella no encontramos ninguna de las voces que se emplean hoy con tal significado.

B. DE ARREGUI.

Hijos ilustres de Segura

(CONTINUACIÓN)

Barrena, Fray Sebastián de

Tan sólo sabemos de este ilustre segurano, que hacia el año 1625, ostentaba el cargo de Definidor general de la orden de San Francisco.

Estensoro, Germán de

Del bachiller Estensoro, sólo sabemos también que era hijo de Segura y uno de los doce diputados designados por esta provincia para el recibimiento de Carlos V; el que se encargó de hacer la plática y de entregarle las llaves en el histórico puerto de San Adrián, radicante en terrenos jurisdiccionales de la Parzonería general de Alava y Guipúzcoa.

Es posible que guarde relación con nuestro biografiado un antiguo y curioso documento existente en el archivo municipal de Segura y consistente, según de modo textual se dice en su cubierta, en una «Bula de la Santidad del Papa Julio expedida á favor de D. Germán de Estensoro, Rector del Priorato del hospital de Sancti Spiritus, situado en la montaña de San Adrián, su data en Roma á 6 de Diciembre en el año de 1550, y primero de su Pontificado, por el que fué servido Su Santidad confirmar la presentación que del citado Priorato había hecho al susodicho el Concejo, Justicia y Regimiento de la N. villa de Segura.»

A propósito de la histórica ermita llamada de Sancti Spiritus, no creemos fuera de lugar hacer constar que la presentación de

presbíteros para el nombramiento de Rector de su Priorato, dió ocasión en distintas épocas á ruidosos pleitos, cuyo desenlace fué en todo tiempo favorable á las pretensiones de la villa de Segura, pues se reconoció á ésta como patrona única y privativa de la ermita de referencia y con derecho á la presentación de su Priorato.

Echeverría Ordosgoiti, Francisco de

Tenemos noticia de este ilustre segurano por un importante censo que á favor de la iglesia parroquial de su pueblo nativo fundó el año 1746.

Nuestro biografiado ostentaba á la sazón el cargo de Secretario del Santo Tribunal de la Inquisición en la Corte de Madrid.

García Jáuregui, Martín de

En nuestros pequeños trabajos de investigación llevados á cabo en el archivo municipal de Segura, nos hemos encontrado con una copia de la escritura fundacional, otorgada con fecha 30 de Octubre de 1613, por el religioso cuyo nombre encabeza las presentes líneas.

Del contenido de dicho documento venimos en conocimiento de que García Jáuregui pertenecía á la sazón á la Compañía de Jesús en el Colegio de la Ciudad de los Reyes del Perú.

Dispuso varias fundaciones y obras, que evidencian los sentimientos caritativos de su autor, citando entre aquéllas una de bastante importancia establecida para dotación de doncellas pobres huérfanas, de cuya fundación no existe actualmente noticia alguna.

Testimonio vivo interés hacia el pueblo en que vió la luz primera, García Jáuregui donó cantidades respetables á favor de los hospitales de la Magdalena y de San Juan, así como á la iglesia parroquial y convento de religiosas franciscanas.

Instituyó, asimismo, varios aniversarios en la citada iglesia.

Las obras acabadas de enumerar escuetamente, hacen en concepto nuestro, acreedor á su autor á que Segura comprenda su nombre en el número de los llamados á recibir el homenaje de su recuerdo y de su gratitud.

Izaguirre y Tellería, Eustaquio

Quisiéramos que una pluma mejor cortada que la nuestra, fuera la encargada de rendir el tributo de admiración y respeto esbozando la silueta del inolvidable presbítero señor Izaguirre.

Diremos de él que pasó por la tierra sembrando el bien y practicando sin límites la caridad, y que al morir con la sonrisa en los labios y la paciencia y resignación de los justos, hízonos inclinar la cabeza ante su memoria, recordando la frase: «¡Dichosos los que mueren si al morir dejan huella luminosa de la vida!»

¡El bien y la caridad! He aquí encerrada toda su gloria, gloria que la modestia de su carácter encerraba en los modestos pliegues del manteo.

Pudo D. Eustaquio, como generalmente se le llamaba, sentir los halagos del alto honor y recreó su espíritu en los cielos purísimos del saber y de la virtud; pudo ceñir las galas de la autoridad y prefirió concretarse á ser fiel soldado de la Religión Católica.

En rigor podríamos también nosotros limitar á esas breves frases la biografía de D. Eustaquio, pero su nombre es demasiado conocido en Segura—y sobre todo, conocido y admirado por su inagotable caridad—para que dejemos abocetada en sólo esos términos la figura del sacerdote modelo.

Don Eustaquio, aquel sacerdote de aspecto adusto pero de atractiva suavidad cuando se le trataba, vióse obligado el año 1870, siendo aún joven y un simple carpintero, á emigrar á la República Argentina, donde al poco tiempo, sintiéndose con decidida vocación sacerdotal, hubo de dar cima á esta carrera con extraordinario aprovechamiento, recibiendo después la sagrada ordenación de manos del malogrado Arzobispo de Buenos Aires Dr. D. Federico Oneiros, ante quien llegó á gozar de ilimitada confianza conqui-

tada con rectitud ejemplar y fidelidad sin adulaciones; llegando también á ser confesor de dicho Prelado.

Sacerdote muy querido en Buenos Aires, D. Eustaquio nunca olvidaba á su pueblo, á donde de cuando en cuando dirigía sus visitas respirando los aires de la villa natal.

Su actuación sacerdotal no fué brillante como cuadra á sus facultades, porque jamás lo pretendió guiado siempre por su ingénita modestia y sencillez; pero si no descolló en el púlpito, en la cátedra y en los centros de propaganda, en cambio en la catedral Metropolitana, donde por tantos y tantos años ejerciera las funciones de Sacristán Mayor, sin descuidar lo que diremos el mecanismo de su cargo, era el consejero de las almas en el tribunal de la Penitencia y el hombre del público necesitado, en general, que buscaba en su prudencia y en su desprendimiento el auxilio de miserias materiales y morales.

Aquel sacerdote de modesto exterior era un consejero de primer orden, debido á su clarísimo talento y á las enseñanzas que recogía diariamente en la lectura del Sagrado Texto, de los Santos Padres y de obras que facilitan la sólida erudición sacerdotal.

En lo que podemos llamar instrucción profana, poseía D. Eustaquio vastos y envidiables conocimientos geográficos que ni el mismo Paganel de Julio Verne aventajaría, y mecánicos con los cuales prestaba servicios cuando las circunstancias lo reclamaban que ni los mismos maestros profesionales superarían.

Al desprendimiento que le era habitual, dedicando todo su peculio al fomento de vocaciones religiosas, á ayudar á estudiantes del Seminario y dotar á novicias para el claustro; á la compasión eficaz con que su bolsillo socorriera tantas y tantas necesidades del prójimo, añadía condiciones especiales de bondad, de mansedumbre inalterable, jamás volviendo un agravio, una injuria en la misma moneda, sino con alguna ocurrencia ó chiste capaz de desarmar las iras más ímpetuosas y apasionadas.

Era el sacerdote modelado en el espíritu del Salvador y de la más sublime caridad para con sus semejantes, cultivada entre abnegaciones que pocos conocían y valoraban, como no fueran los *íntimos*.

Tanto mérito, tanto oro oculto, tuvo al fin su recompensa en

una silla canonical en la Metropolitana de Buenos Aires, á la que estaba anexo el cargo de Penitenciario que D. Eustaquio desempeñó con dedicación y celo especiales.

Más tarde, el año 1900, cuando su cuerpo se debilitaba debido á dolencias crónicas, no titubeó en abandonar un cargo que jamás ambicionó, volviendo á su pueblo de Segura, donde siendo solícito padre de un fragante jardín de vírgenes del Señor (Capellán del Convento de Franciscanas de la Purísima Concepción) rindió tributo á la muerte en el mes de Marzo de 1905.

Todo Segura lloró la dolorosa pérdida del que unía el saber á la modestia, el estudio á la inteligencia y la elevación á la verdadera humildad cristiana; pero de un modo particular se lloró en el convento citado de religiosas la pérdida del que, á la vez que capellán, fué su más insigne benefactor.

JUAN BAUTISTA DE AYERBE.

(Continuará).

MANUSCRITO HISTÓRICO INTERESANTE⁽¹⁾

Informe emitido en 1796 por los Generales O'Farril, Morla y Samper acerca de las condiciones de defensa en que se encontraba la frontera de Francia por la parte de Guipúzcoa y de Navarra.

(CONTINUACIÓN)

PARTE TERCERA

De las fortalezas que pueden cubrir la frontera de Navarra y Guipúzcoa
con Francia

(CONTINUACIÓN)

Antes de continuar parece conveniente explicar lo que la Brigada entiende por plaza pequeña y por fuerte para que no se confundan sus ideas. Los autores de fortificación convienen generalmente en que el lado exterior de un frente de fortificación, no debe pasar de doscientas toses para que la línea de defensa no exceda al alcance del fusil, ni bajar de ciento y ochenta para que las obras tengan la robustez y capacidad necesarias. Al presente opinan algunos autores, que la primera condición traba al arte, que se multiplican los frentes y que sus obras no son capaces de tanta defensa como serían si se prolongase la línea de defensa al alcance del cañón. Sin entrar en discusión sobre esta opinión, se dirá que no la hay contraria á la segunda parte de la máxima de que el lado

(1) Este trabajo empezó á publicarse en la página 161 del tomo I de EUSKALERRIAREN ALDE.

exterior no baje de ciento ochenta toesas, porque de no observarse resultan defectos muy notables y esenciales, cuales son: que los baluartes son mezquinos é incapaces de consiguiente de muchos fuegos y tropa: que no se pueden hacer en ellos espaldones, traveses ó gradas que desfilen sus caras y cubran á los defensores: que sus golas no admiten cortaduras capaces y de buen perfil y de que á los parapetos han de ser muy débiles ó la muralla poco alta, ó ha-de quedar una parte del foso por flanquear.

Supuesto, pues, que una fortificación será defectuosa, cuando el lado exterior baje de ciento ochenta toesas (1) ó sean 420 varas castellanas la Brigada entiende por plaza pequeña, la que con este lado exterior, tiene pocas frentes, y tales son los cuadrados, pentágonos y aun exágonos: y entiende por fuertes las fortalezas reducidas cuyos frentes no llegan á ciento sesenta toesas de lado exterior ó sean $396 \frac{2}{3}$ varas, que es la extensión que los autores dan á la fortificación de campaña.

Los fuertes así entendidos, rara vez se construyen solos y en rasa campaña; esto es, en un local accesible por todas partes, porque ni podrían oponer resistencia notable ni tampoco correr sus reducidas guarniciones la campaña. Por lo común el objeto es asegurar algún paso indirecto por montañas, defender un puente ó cubrir alguna dominación ó bajo próximo á una plaza. Y en estas ocasiones toman una figura muy varia, pues que solo pueden ser atacados por un frente, estando los otros cubiertos ó siendo inaccesibles.

Los fuertes anejos y con comunicaciones á plazas, suelen ser, sin embargo de los defectos expuestos, los puntos más defendibles de ellas, siendo la causa el que lo que más contribuye á la rendición de un fuerte es el que su guarnición maltratada y expuesta día y noche, esté ó no de servicio, al fuego del sitiador ó apiñada en casa matas, que son otras tantas mazmorras, se atribula y no queda capaz de ninguna acción de vigor; y también que el fuego del sitiador viene á destruir cuanto es necesario á la defensa; mas

(1) Según Saint-Paul, una pieza de cañón, si es de 24, apuntado por un ángulo de 45° excede su alcance de 5.000 varas; pero de punto blanco primitivo es próximamente de 450 á 580 varas. A mayor distancia, no siendo sobre masas de hombres, son inciertos los tiros.

cuando un tal fuerte puede mudar su guarnición cada día y reemplazar lo que en él haga falta á su defensa, ésta debe ser tenaz.

Los fuertes destinados á cubrir puentes son pequeños por lo común: su objeto no es hacer una gran defensa y sólo oponerse á un paso preciso, mientras que la tropa cuida de que el enemigo no eche algunos puentes militares.

Los que no sean de esta especie ó adyacentes á plazas, no deben jamás estar en llanos ni en hoyadas, es necesario compensar su debilidad situándolos en parajes casi inaccesibles. Es cierto que sus guarniciones no pueden entonces hacer salidas, mas estas serían de tan poca importancia y se extenderían tan poco en razón de su pequeño número, que no merece este inconveniente paragonarse con la ventaja de estar en alturas de difícil acceso.

Las plazas pequeñas son propias para servir de eslabones á las principales en países abiertos y para reemplazar á los fuertes independientes cuando la naturaleza del terreno no pueda contribuir á la defensa de ellos.

También pueden reemplazar á las grandes cuando ó por la naturaleza del país no pueden ser muy crecidos los ejércitos que en él tengan la campaña ó por los pocos medios que tenga la potencia confinante, ó porque no le sea fácil al enemigo conducir hasta ellas grandes trenes de batir ó porque siendo por su local inexpugnables cierren un paso forzoso é inexcusable al ejército enemigo; es evidente que en tales circunstancias, una plaza pequeña tendrá igual uso que una grande.

Supuestos estos principios generales enseñados por la observación y experiencia y adoptada por los mejores autores militares, vamos á ver qué especie de fortalezas pueden ser necesarias en esta frontera de Navarra y Guipúzcoa con Francia.

Antes de la abertura del sólido y cómodo camino de Irún, era muy difícil que ningún gran ejército francés intentase internarse por estas fronteras: lo pobre y escaso de producciones del país, sus ningunos caminos de rueda, lo extremadamente quebrado y montuoso de él y lo frío y sujeto á nieves de la Navarra con lo acuoso de la Guipúzcoa, eran suficientes barreras para la internación de un gran ejército que carecería de todos auxilios y hallaría obstáculos insuperables al paso de considerables trenes de artille-

ría, singularmente de la de batir: la experiencia lo ha manifestado así; todas las grandes invasiones de los franceses en el siglo pasado fueron por Cataluña.

Mas la abertura del camino real ha roto todos estos obstáculos naturales, pues que él presenta una bella y cómoda comunicación de 14 leguas desde el Vidasoa á Pamplona ó á los llanos de Alaba y orillas del Ebro. El ejército enemigo que se interne por él, podrá ser seguido de cuantos carruajes se quiera y conducir sus subsistencias de este modo, no solo de Francia sino de los puertos de Pasajes y San Sebastián.

Se objetará á esta asercción, que lo engargantado y sujeto á continuas dominaciones del camino, en toda la Guipúzcoa lo hacen muy defendible y que el enemigo nunca se atreverá á penetrar por él; mas aunque esta objeción es sólida, pues que el enemigo no puede introducirse por continuos desfiladeros sin exponerse mucho, y que por tanto se verá obligado á rechazar antes todos los puestos que defiendan el camino y á aclarar éste como sucede en todos los abiertos en países quebrados ó montuosos, no por eso dejará el camino de suministrarle medios para estas acciones parciales, proporcionándole la conducción de artillería, víveres y equipajes, y en fin, cuando llegue á poseicionarse de la Guipúzcoa, le ofrecerá completamente facilidades para continuar sus empresas.

Se repondrá que se podía tener hecho en el camino tal número de fogatas y barrenos que volados después de retiradas nuestras tropas, lo imposibilitasen del todo y emplear además para este objeto muchos trabajadores. Pero prescindiendo de los embarazos que se encuentran en tales ocasiones en que escasean las manos y en que hay muchas atenciones de primera urgencia para tales trabajos, se responderá que las grandes dificultades y lo muy largo y trabajoso en la construcción de un camino sólido, están en abrirlo y acopiar los materiales, y que teniendo hecho lo uno y lo otro, el enemigo, por más que se demuela el camino, no tardará en habilitarlo.

Síguese de aquí el que pudiendo el enemigo internarse en estas provincias, no sólo con grandes fuerzas, sino seguido de numerosos trenes de batir, no se le puede oponer una plaza pequeña y

mucho menos un fuerte, y que sólo puede detenerlo una plaza respetable y de primer orden.

La Brigada se hace cargo del argumento que muchos han puesto y opondrán á esta determinación, y es que siendo poco proporcionadas las fuerzas militares de España á los muchos y distantes objetos á que han de atender, y no estando sobrante el real erario, no se debe pensar en plazas que exijan numerosas guarniciones y crecidos gastos.

Mas esta objeción que al primer aspecto parece sólida y convincente, desaparece del todo cuando se reflexiona que las plazas de guerra no han de ser proporcionadas á los medios ordinarios de quien las erige, sino á los de la potencia que pueda atacarlas, y que así como el arquitecto que proyectase una débil presa en un río fuerte é impetuoso por razón de los pocos medios del que la había de costear, no haría más que contribuir á su ruina, pues el río se llevaría la presa á la primera avenida, del mismo modo si se propusieran castillos ó plazas pequeñas para asegurar esta provincia, no se haría más que gastar crecidas sumas en tiempo de paz para perderlas con gente, armas y efectos á la primer guerra. Las plazas que se opongan directamente á una potencia como la Francia, deben ser capaces de contrastar sus crecidas fuerzas, y de lo contrario es preferible no oponerlas ningunas, como lo es no fabricar presas cuando no pueden ser capaces de contrarrestar las avenidas del río.

De otra parte, el citado argumento, claudica aun por las ventajas económicas que atribuye á las plazas pequeñas ó fuertes. Es cierto que un fuerte reducido cuesta menos en todos ramos que uno grande; éste, que una plaza mediana, y ésta menos que una de primer orden, pero los fuertes pequeños nadie los cree útiles para cubrir país ni para contener al enemigo. Se debe, pues, tratar de fuertes grandes ó de plazas pequeñas, y ninguno piensa que una sola fortaleza de esta especie pueda cubrir la frontera, y sí, que esto, solo se conseguirá multiplicándolas en los pasos más precisos. Lo menos que se pueden proponer, abrazando este sistema, son tres. Supóngase ahora que sean solo cuadradas, que son las más reducidas, resultará que hay doce frentes de fortificación que construir, tres estados mayores que mantener y tres

guarniciones de á dos mil hombres, lo que menos, cada una, y ciertamente no exige más ni aun tanto una plaza de primer orden.

Conclusión

Resulta de todo lo expuesto que las plazas que se proyectan erigir en estas fronteras para cubrir el país, auxiliar y proteger nuestras tropas y poder contrarrestar á los enemigos, deben ser de primer orden, y que las fortalezas que se proyecten para cubrir las comunicaciones, defender ciertos pasos estrechos y precisos, serán castillos ó fuertes en alturas de difícil acceso.

O'FARRIL-MORLA-SAMPER.

(Continuará).

204